

II Encuentro Regional Buenos Aires de Pastoral para la Familia

SAN JUSTO 12 DE NOVIEMBRE DE 2011

DISERTACIÓN DEL MATRIMONIO OJEA

Iglesia pedagoga de la vida y el amor:

Este tema se vincula estrechamente al lema del encuentro (“Cuidar en familia la vida y el amor, la mejor tarea”). Es que, la familia, ya lo sabemos, de acuerdo al sueño y al plan de Dios es “la iglesia doméstica”, “pequeña iglesia en la carne” (Juan Crisóstomo).

1. La iglesia

- No es una institución más al estilo de las que existen en la sociedad civil (asociación, sociedad, ong, etc) . Es un invento divino no humano. De modo que no puede ser evaluada con criterios de eficiencia o productividad. Su fecundidad es algo mucho más hondo.

- “Cuerpo místico de Cristo”, “Pueblo de Dios” (constitución *Lumen Gentium*), “Comunidad que se ayuda a creer, a esperar, a amar”

- Hay que revalorizar a la Iglesia, siempre y, en especial, en un tiempo cultural de relativismo subliminal, de indiferencia y hasta de hostilidad hacia ella. Es que ya no vivimos un “tejido cultural unitario” que se inspire en la fe cristiana. Y tenemos el desafío de no aceptar “que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta” (Mateo 5, 3-15).

- “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella” (Mateo 16, 18).

- Claro que hay peces buenos y malos, hay trigo y cizaña. Hay también pecado de sus hijos. Y es legítimo “criticarla” pero con una condición: hacerlo desde la pertenencia y el amor a ella.

- Esta “barca” está conducida por Cristo y sopla sus velas el Espíritu Santo, hacia el puerto definitivo del cielo, donde nos aguarda en plenitud la comunión de amor con Dios padre.

- ¿Que debe cambiar? Sí, seguramente, en la búsqueda de nuevas formas de evangelización (nuevo ardor, nuevos métodos, nuevos lenguajes). Siempre la Iglesia deberá verificar la fidelidad al Evangelio, al discipulado y a la misión (en términos de Aparecida). Pero ojo, siempre a partir de la conversión personal y comunitaria (1)

2. La iglesia pedagoga

- La Iglesia es “madre” y “maestra” (Encíclica de Juan XXIII, *Mater et magistra*).

- Tiene una riquísima tradición que se va fecundando y purificando en su relación con los hombres. No nació en nuestro tiempo, ni siquiera en el Concilio Vaticano II (Benedicto nos habla de una falsa

opción entre tradición versus progreso, parafraseando a San Agustín podríamos decir “tarde he llegado a amarte, Hermosura tan antigua y tan nueva) (2)

- El mensaje positivo es dignidad del hombre, el carácter sagrado de la vida, la comunidad de vida y de amor que es el matrimonio y la familia. Y seguirá siendo “buena simiente”, porque ese mensaje no es nuestro –cual si fuésemos propietarios- sino que es Palabra divina y porque el primero que actúa es el Señor (3)

Por eso, debemos tener cuidado con los triunfalismos y con el hiperactivismo; con los “desánimos” cuando las cosas no salen como las hemos proyectado. Nosotros no somos “artífices”. Si, correspondemos.

Romano Guardini refiriéndose al pedagogo decía: ¿cómo se educa? (y parafraseandolo, podríamos decir, ¿Cómo se evangeliza?): primero, con lo que se es; segundo, con lo que se hace; tercero, con lo que se dice.

- Entonces, para ser, desde la Iglesia, pedagogos de la vida y del amor, para corresponder a esa acción del Señor, habremos de responder con el testimonio (ser testigos de primera mano) del encuentro con Cristo, Santos, que es ser plenos en la caridad; siendo alegres anunciadores del Evangelio que, en estado de conversión, decimos un Sí, un Fiat, porque adherimos a un “acontecimiento positivo, transformador: el encuentro con Cristo; siendo personas, matrimonios, agentes pastorales de oración (4).

3. La iglesia pedagoga de la Vida y del Amor

Vida y amor: los dos valores que en sentido propio y absoluto se dan en Dios, y dos

valores fundantes de la persona humana y de la relación entre ellas.

(a) Vida

(i) Su dignidad por ser “*imago Dei*”. Esto es un tesoro fabuloso que nos da nuestra fe y el humanismo cristiano. Digno, lo que vale de por sí y no por la utilidad que presta.

(ii) Vida humana –repite el Papa y nuestros obispos- en todo el arco de su existencia, desde la concepción hasta la muerte natural.

Por eso debemos promover la vida humana con firmeza y dulzura (Charles Peguy); sin oponer, sin contraponer (Por ejemplo vida de la mamá versus vida del nonato). Especial ahínco en los trechos de mayor vulnerabilidad (ver el tema del “et, et”) (5).

(iii) Iniciativas pastorales: Grávida, Conin, Hogares de tránsito, proyecto esperanza, Red INFA...etc.

(b) Amor:

Vocación fundamental del hombre: “el hombre no puede vivir sin amor. El permanece a sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente” (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, número X).

Hay diversas modalidades del amor y un haz de relaciones amorosas que se verifican en las familias, cuyo corazón es el matrimonio (íntima comunidad de Vida y de Amor; *Gaudium et spes* n° 48): conyugalidad, filiación, paternidad, maternidad, fraternidad.

(c) Nosotros desde el Secretariado Nacional este año trabajamos el primero de los cauces pastorales sugeridos por el documento de la CEA "Aportes...": promoción del vínculo amoroso varón-mujer. Necesidad de motivar la calidad del vínculo conyugal, de vínculos personales significativos y duraderos (en una época de amores "líquidos" en la que lo más lastimado precisamente es el vínculo).

(d) Aquí también nos sirve el principio del "et, et": integración de eros y ágape, de autonomía personal y vínculo relacional, de cuerpo y espíritu, etc. Cita del beato Lulio: "quien su amor hace durar consigue al fin amar"

(e) Iniciativas pastorales: Catequesis familiar, renovación de la preparación inmediata al matrimonio, acompañamiento en los primeros años de casado, grupos de novios y matrimonios, retiros de matrimonios, etc.

4. Conclusión:

Hoy se nos pide ser "firmes y dulces pedagogos de la vida y del amor". Porque esa es la vocación y la misión de la iglesia y, en consecuencia, también de la familia (pequeña iglesia doméstica, etc). Para ello, como ya dijimos, debemos nosotros familias, nosotros agentes de pastoral, ser personas:

(a) de oración y de irradiación

(b) testigos de primera mano del evangelio de la Vida y del Amor.

(c) que nos dejamos habitar por el Espíritu Santo

(d) que tendemos puentes en nuestras acciones pastorales.

(e) que buscamos la unidad en la diversidad

(f) sabiendo que nuestra fe no se vive en el aislamiento sino que se vive y despliega en comunidad, aunque a veces nos sintamos solos (cita del poeta catalán

Cristo es el acontecimiento fundante de nuestra vida, que se manifiesta en la Eucaristía, en la Palabra, en los hermanos...y que nos dice "yo estaré con ustedes hasta el final de los tiempos" (Mt 28, 18-20); y cuando el agua nos llegue al cuello y las turbulencias de la vida nos sacuden, también nos dice: "Tranquilícense y no teman, soy Yo" (*Mateo 14*)

Iglesia pedagoga de la Vida y del Amor

ANEXOS

1. Cómo debe cambiar la Iglesia (Benedicto XVI, en Friburgo, domingo 25.9.2011)

Desde hace decenios, asistimos a una disminución de la práctica religiosa, constatamos un creciente distanciamiento de una notable parte de los bautizados de la vida de la Iglesia. Surge, pues, la pregunta: ¿acaso no debe cambiar la Iglesia?...A la beata Madre Teresa le preguntaron una vez cuál sería, según ella, lo primero que se debería cambiar en la Iglesia. Su respuesta fue: Usted y yo.

Este pequeño episodio pone de relieve dos cosas: por un lado, la religiosa quiere decir a su interlocutor que la Iglesia no sólo son los demás, no solo la jerarquía, el Papa y los obispos; la Iglesia somos todos nosotros, los bautizados. Por otro lado, parte del presupuesto de que efectivamente hay motivos para un cambio, de que existe esa necesidad. Cada cristiano y la comunidad de los creyentes en su conjunto están llamados a una conversión continua.

2. Cómo irradiar la buena noticia de la vida y del amor en estos tiempos de transición cultural (Alberto Berro, Junta Nacional de Pastoral familia, 3.4.2001)

El mensaje del Evangelio sobre la persona, la familia, el varón, la mujer, el amor conyugal, la paternidad y los hijos, el valor de la vida, es permanente y atraviesa en su esencia las distintas épocas históricas. Pero las condiciones culturales en que ese mensaje está destinado a encarnarse, a llevarse a la vida, a proponerse a los hombres y mujeres en concreto, son cambiantes.

Esto no es algo en sí negativo. Las características y necesidades de las distintas épocas permiten el desarrollo de nuevos y ricos aspectos de ese mensaje, ayudan a purificarlo de formas culturales antiguas y de vicios que se le van pegando en épocas y culturas anteriores. Por ejemplo en los últimos años se ha desarrollado la conciencia de la igualdad esencial entre el varón y la mujer, de la libertad en la elección matrimonial, del sentido y valor de la sexualidad y de la corporeidad, del pertenecerse a sí mismos, de los hijos. Valores que están implícitos en la antropología del Evangelio, pero que necesidades y reclamos del hombre del último siglo han ayudado a explicitar y a fortalecer.

Pero también nuevas condiciones culturales, producto de procesos históricos y filosóficos, influidas por corrientes de pensamiento autónomo construido al margen de la fe y a menudo contra la visión cristiana del mundo, genera ideas y prácticas, en estos como en otros temas, no sólo distintas sino a menudo opuestas: no solo a la visión del cristianismo también a una perspectiva acorde con la naturaleza del hombre y con el orden creado por Dios “desde el principio”, como podemos constatarlo desde las últimas décadas.

3. El anuncio es responsabilidad de todos (Benedicto XVI, alocución en el Consejo Pontificio para la promoción de la nueva Evangelización, 15.10.2011).

“...podemos todavía afirmar con certeza, como en los comienzos del cristianismo, que la Palabra de Dios sigue creciendo y multiplicándose. ¿Por qué? Quiero destacar, al menos, tres motivos. El primero es que la fuerza de la Palabra no depende, en primer lugar, de nuestra acción, de nuestros medios, de nuestro hacer, sino de Dios, que esconde su poder bajo los signos de debilidad, que se hace presente en la brisa suave de la mañana (cf. / R 19,12), que se revela en el árbol de la cruz. Debemos creer siempre en el humilde poder de la Palabra de Dios y dejar que Dios actúe. El segundo motivo es que la semilla de la Palabra, como narra la parábola evangélica del Sembrador, cae también hoy en un terreno bueno que la acoge y produce fruto (cfr. Mt. 13,3-9). Y los nuevos evangelizadores forman parte de este campo que

permite al Evangelio crecer en abundancia y transformar la propia vida y la de los demás. En el mundo, aunque el mal hace más ruido, sigue existiendo un terreno bueno. El tercer motivo es que el anuncio del Evangelio ha llegado efectivamente hasta los confines del mundo e, incluso en medio de la indiferencia, la incompreensión y la persecución, muchos siguen abriendo con valentía, aún hoy, el corazón y la mente para acoger la invitación de Cristo a encontrarse con él y convertirse en sus discípulos. No hacen ruido, pero son como el grano de mostaza que se convierte en árbol, la levadura que fermenta la masa, el grano de trigo que se rompe para dar origen a la espiga. Todo esto, so por una parte infunda consuelo y esperanza porque muestra el incesante fermento misionero que anima a la Iglesia, por otra debe llenar a todos de un renovado sentido de responsabilidad hacia la Palabra de Dios y la difusión del Evangelio”.

4.“...la palabra del anuncio siempre debe estar inmersa en una relación intensa con él, en una profunda vida de oración. El mundo de hoy necesita personas que hablen a Dios para poder hablar de Dios. Y también debemos recordar siempre que Jesús no redimió al mundo con palabras bellas o medios vistosos, sino con el sufrimiento y la muerte. La ley del grano de trigo que muere en la tierra es válida también hoy”.

5. Encuentro con párrocos de diócesis (Benedicto XVI, julio del 2005)

El catolicismo, de una forma poco simplista, ha sido considerado siempre la religión del gran et...et..., es decir, la religión de la síntesis, no de grandes exclusivismos. Católico quiere decir precisamente “síntesis”. Por eso, yo no soy partidario de una alternativa: o jugar al fútbol o estudiar sagrada Escritura o derecho canónico. Hay que hacer las dos cosas.

Ciertamente, no podemos vivir siempre en una profunda meditación. Tal vez un santo, en la última fase de su camino terrestre puede llegar a ese punto, pero normalmente vivimos con los pies en la tierra y los ojos dirigidos al cielo. Ambas cosas nos las ha dado el Señor. Por eso, amar las cosas humanas, amar las bellezas de su tierra, no sólo es muy humano, sino que además es muy cristiano y precisamente católico.

Como ya he dicho antes, una pastoral buena y realmente católica incluye también este aspecto: vivir en el et....et....; vivir la humanidad y el humanismo del hombre, todos los dones que el Señor nos ha dado y que hemos desarrollado; y, al mismo tiempo, no olvidar a Dios, por al final la gran luz viene de Dios; sólo de él viene la luz que da alegría a todos estos aspectos de las cosas que existen.

Así pues, simplemente quiero poner de relieve la gran síntesis católica, el et...et...: ser verdaderamente hombre y, cada uno según sus dones y según su carisma, amar la tierra y las cosas hermosas que el Señor nos ha dado, pero también agradecer el hecho de que en la tierra resplandece la luz de dios, que da esplendor y belleza a todo lo demás. En este sentido, vivamos gozosamente la catolicidad.

6. Del libro “El misterio de los santos inocentes” de Charles Peguy,

DULZURA Y FIRMEZA

Que dulzura mi hijo, que firmeza en la dulzura,
que dulzura en la firmeza.

La una y la otra,
juntas unidas indisolublemente.

La una provocando a la otra,
la una haciendo valer la otra,
la una sosteniendo la otra,
la una alimentando la otra.

La dulzura armada de firmeza,
la firmeza armada de dulzura.

La una incluida en la otra,
la otra incluida en la una.

Como una doble semilla
en un doble fruto de firmeza.

Una dulzura tanto mejor garantizada por la fuerza,
una firmeza tanto mejor garantizada por la dulzura.

La una llevando a la otra,
pues no hay verdadera dulzura
sino está fundada sobre la firmeza,
vestida de firmeza.

Y no hay verdadera firmeza
sino la que está vestida de dulzura.